# HOMILÍA

## del Sr. Arzobispo de Toledo, monseñor Francisco Cerro Chaves, en la Santa Misa de Funeral por las víctimas del accidente ferroviario de Urda S. I. Catedral Primada, 10 de noviembre de 2026

(*Evangelio: Lucas 7,11-17. La resurrección del hijo de la viuda de Naín).*

Majestades,

Eminentísimo Señor Cardenal, Excelentísimo Señor Presidente de la CEE
Excelensísimos Hermanos en el Episcopado, Señor Obispo Auxiliar y secretario de la CEE
Señora Presidenta del Congreso y Señor Presidente del Senado
Señor Presidente del Tribunal Supremo
Señor Vicepresidente del Gobierno
Señor Presidente del Gobierno de Castilla-la Mancha
Señoras Ministras
Señores Embajadores
Señores Presidentes de otras comunidades autónomas
Señor Alcalde de Toledo, Señores Alcaldes de Urda y Los Yébenes
Autoridades civiles, militares, judiciales y académicas
Queridos hermanos sacerdotes, miembros de la vida consagrada,
Queridas familias de las víctimas, heridos y afectados por esta tragedia,
Queridos hermanos y hermanas:

Hoy nos reunimos ante el Señor y seguimos con el corazón profundamente herido en esta catedral de Toledo, primada de España.

El trágico accidente ferroviario de Urda ha dejado en nuestras familias, en nuestros pueblos y en toda nuestra sociedad un dolor difícil de integrar. La muerte de tantas personas, el sufrimiento de los heridos y la angustia de quienes han perdido a sus seres queridos nos sitúan ante el misterio de la fragilidad humana.

Pero hoy, antes que nada, queremos mirar a los rostros de quienes sufren. A las familias que han perdido a sus seres queridos queremos decirles que sentimos como propio vuestro dolor. Sabemos que detrás de cada vida arrebatada hay una historia de amor, una familia, unos proyectos, unas ilusiones y tantos momentos compartidos que ahora se convierten en recuerdo. Hay abrazos que han quedado pendientes, palabras que no han podido decirse y ausencias difíciles de llenar. No tenemos palabras suficientes para aliviar tanto sufrimiento, pero sí queremos ofreceros nuestro cariño, nuestra oración y nuestra cercanía más sincera.

Venimos a encontrarnos con Jesucristo, que conoce nuestras lágrimas y nunca abandona a quienes sufren. Con Dios hay cosas que nos cuestan entender; sin Dios no entendemos nada.

El Evangelio que acabamos de proclamar nos presenta a Jesús entrando en la ciudad de Naín. ¡Qué importante es que esté aquí la imagen del Cristo de la Vera Cruz de Urda! Agradezco mucho a todos, y especialmente a la generosidad del pueblo de Urda, que esta imagen esté hoy entre nosotros.

Jesús, que no está ausente, encuentra un cortejo fúnebre. Una madre viuda acompaña el cuerpo de su único hijo. Es una escena de dolor, de soledad y de esperanza aparentemente perdida. Naín se convierte para nosotros en un lugar donde se manifiesta el amor. Este dramático suceso, ¡cuánto ha interrogado en nuestra sociedad! ¡Cuántos testimonios edificantes y de fortaleza de las familias afectadas! ¡Cuántos gestos de amor! Vemos en todo esto las huellas de Jesús, que sale al encuentro de nuestro pueblo, de nuestras familias y de todos nosotros. Su presencia nos permite descubrir tres certezas fundamentales:

**1. La primera certeza es que el dolor y la misericordia han de ir unidos: «Al verla el Señor, se compadeció de ella y le dijo: No llores» (Lc 7,13).**

Jesús, ante aquella madre, se conmueve. Se acerca, contempla su sufrimiento y se compadece. Este es el corazón de Jesús: un corazón que se conmueve ante el dolor humano.

Queridas familias, hoy queremos acercarnos a vosotros con el mismo respeto y la misma ternura de Jesucristo. Sabemos que ninguna palabra puede sustituir la presencia de quienes habéis perdido. Las ausencias dejan un vacío inmenso y preguntas muy difíciles de responder.

El papa León XIV, en la Vigilia del Jubileo de la Consolación, del 15 de septiembre de 2025, nos recordaba: «Las lágrimas son un grito mudo que implora compasión y consuelo. Es un lenguaje que habla de nuestra humanidad débil y puesta a prueba». Nuestra fe nos abre siempre a la esperanza.

Hoy lloramos con vosotros. Vuestras lágrimas son también las nuestras. La Iglesia de Toledo, unida a toda la Iglesia en España, quiere compartir vuestro sufrimiento y sosteneros con la oración.

Queridas familias, no queremos que os sintáis solas. La Iglesia quiere estar a vuestro lado también cuando termine esta celebración, cuando regreséis a vuestros hogares y os encontréis con la ausencia de quienes tanto amáis. Queremos acompañar vuestro silencio, respetar vuestras lágrimas y sostener vuestra esperanza. Vuestro dolor no nos resulta ajeno: es un dolor que nos conmueve y que hacemos nuestro. Recibid el abrazo de vuestro arzobispo, de vuestros obispos, de vuestros sacerdotes y de toda esta Iglesia que os quiere y os acompaña.

La misericordia de Dios no consiste en evitar que suframos, sino en asegurarnos de que nunca sufriremos solos. Cristo se hace cercano en quienes acompañan, en quienes escuchan, en quienes cuidan y en quienes ofrecen silenciosamente su ayuda.

Quiero, junto al obispo auxiliar y todos los obispos aquí presentes, expresar nuestro profundo agradecimiento a los servicios de emergencia, a los profesionales sanitarios, a las fuerzas y cuerpos de seguridad, a los militares, a las autoridades, a los sacerdotes, a los consagrados, a los voluntarios, a Cáritas, a los trabajadores de nuestra casa de ejercicios «El Buen Pastor», a los psicólogos, asistentes sociales, Medios de Comunicación y a tantas personas que han respondido con generosidad ante esta tragedia.

Quiero dirigirme también de manera muy especial a los heridos en sus cuerpos y en sus almas. A quienes permanecéis hospitalizados, a quienes estáis afrontando intervenciones y tratamientos y a quienes habéis comenzado un camino de recuperación, queremos haceros llegar todo nuestro afecto. Nos preocupan vuestro dolor, vuestra salud y también las heridas interiores que una experiencia tan dramática puede dejar. Pedimos al Señor que os conceda fortaleza, que acompañe a los profesionales que os atienden y que sostenga a vuestras familias en estas horas de incertidumbre. No os olvidamos. Estáis muy presentes en nuestro corazón y en nuestra oración.

En medio de tanto sufrimiento, se contempla también la grandeza de la solidaridad humana y de la caridad cristiana. Cuando el dolor nos une, descubrimos que la misericordia sigue haciendo presente el amor de Dios.

**2. La segunda certeza es que todo lo que vivimos es semilla de Vida eterna y esperanza: «¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!» (Lc 7,14).**

Jesús no permanece indiferente ante la muerte. Se acerca al féretro, lo toca y pronuncia una palabra que devuelve la vida. Este gesto anuncia la gran esperanza de nuestra fe: Jesucristo es el Señor de la vida, aquel que ha vencido definitivamente a la muerte mediante su resurrección.

Queridos hermanos, la muerte no tiene la última palabra. Esta es la certeza que hoy queremos proclamar. El papa León XIV, en su homilía de la Conmemoración de los Fieles Difuntos, del 2 de noviembre de 2025, nos expresaba: «Él es el punto de llegada de nuestro caminar. Sin su amor, el viaje de la vida se convertiría en un vagar sin meta, en un tráfico error con un destino perdido. El Resucitado garantiza la llegada, nos conduce a casa, donde somos esperados, amados, salvados».

Jesús va por delante de nosotros y nos muestra el valor de la vida. Hoy encomendamos a nuestros hermanos fallecidos a las manos misericordiosas de Dios. ¡Qué consuelo tan grande saber que nuestras vidas están en sus manos!

A vosotros, queridos familiares, os invito a mirar hacia Cristo resucitado. Nuestra fe nos anuncia que el amor es más fuerte que la muerte y que estamos llamados al encuentro definitivo en la casa del Padre. Que esta esperanza sostenga especialmente a quienes sienten que sus fuerzas se han agotado.

**3. La tercera certeza: la noche del dolor vislumbra el amanecer: «El muerto se incorporó y empezó a hablar, y se lo entregó a su madre» (Lc 7,15).**

El Evangelio termina con una escena conmovedora: Jesús devuelve aquel hijo a su madre. Donde parecía que todo había terminado, comienza una vida nueva. También nosotros atravesamos hoy una noche de dolor, un viernes santo. Presentemos nuestras preguntas al Señor. Es necesario ponerlas ante Él para no caer en la soledad. El papa León XIV, en su audiencia general del 10 de septiembre de 2025, decía: «Aprendamos esto de Jesús: el grito de la esperanza cuando llega la hora de la prueba extrema. No para herir, sino para encomendarnos. No para gritar contra alguien, sino para abrir el corazón. Si nuestro grito es verdadero, podrá ser el umbral de una nueva luz, de un nuevo nacimiento».

Jesús mismo gritó desde la cruz. Experimentó la oscuridad, el abandono y el silencio. Pero su grito no fue una ruptura con el Padre, sino una entrega confiada en sus manos. La fe no consiste en aparentar fortaleza cuando estamos destrozados. Consiste en confiar en que Dios permanece junto a nosotros incluso cuando no conseguimos comprender sus caminos. Queridas familias, no perdáis la esperanza. Permitid que otros os acompañen. Dejad que la Iglesia os sostenga con su oración y su cercanía.

Queridos hermanos y hermanas: hoy ponemos en las manos de Dios a todas las víctimas. Pedimos por su eterno descanso, por la recuperación de los heridos y por el consuelo de todas sus familias.

Nuestra presencia en esta celebración, junto a Sus Majestades los Reyes, que ya estuvieron en Toledo, con su cercanía a todos, quiere expresar que todo un pueblo se siente unido en el dolor y en la esperanza. Que esta tragedia nos haga crecer en fraternidad, en responsabilidad y en la conciencia de caminar juntos.

Pero esta unidad y esta solidaridad deben traducirse también en un compromiso firme. Ante este terrible accidente, es legítimo pedir que se esclarezcan las causas, se asuman las responsabilidades que correspondan, se repare en justicia a los familiares de las víctimas y se pongan todos los medios necesarios para que nunca vuelva a ocurrir otra tragedia como la que hemos sufrido. La memoria de quienes han perdido la vida nos exige también trabajar por la seguridad y por el valor de cada vida humana.

Acudimos a Santa María la Virgen en sus distintas advocaciones. Ella permaneció junto al Cristo de la Vera Cruz, a su Hijo amado. Conoce el sufrimiento de quienes pierden a las personas que más aman. A Ella confiamos hoy a nuestros hermanos fallecidos, para que los reciba en el abrazo misericordioso de Dios. A Ella encomendamos a los heridos, para que encuentren la fuerza necesaria en su recuperación, y a sus familias, para que nunca les falten el consuelo y la esperanza.

Y permitidme terminar dirigiéndome especialmente a vosotros, queridos familiares de las víctimas: **no estáis solos.** Cuando mañana regreséis a vuestras casas y el silencio os recuerde la ausencia de quienes tanto amáis, cuando lleguen los días difíciles y parezca que el dolor vuelve a hacerse insoportable, recordad que el Señor en su Iglesia está con vosotros. Que no os falte una mano tendida, un hombro donde llorar y una comunidad que os acompañe.

A los heridos, os decimos: no os olvidamos. Seguimos pendientes de vosotros, de vuestra salud y de vuestra recuperación. Y a todos los que habéis sufrido esta tragedia queremos deciros que vuestro dolor importa, que vuestras vidas nos importan y que seguiremos cerca.

Que la muerte de nuestros hermanos no sea olvidada. Decía Gabriel Marcel "Tu no morirás porque yo te llevaré siempre en mi corazón". Que el sufrimiento de sus familias no quede en soledad y que las heridas de quienes han sobrevivido encuentren cuidado y consuelo. Que esta tragedia no nos haga más indiferentes, sino más humanos; no más distantes, sino más hermanos; no más temerosos, sino más comprometidos con la vida. No queremos que caigáis en la peor de las muertes que es el olvido.

Hoy, ante el Señor, lloramos a nuestros muertos, abrazamos a quienes sufren y pedimos esperanza para todos. Que el recuerdo de quienes nos han dejado permanezca vivo en nuestros corazones, que las familias encuentren consuelo y que los heridos recuperen la salud y la esperanza. Y que, incluso en medio de esta noche tan dolorosa, nunca olvidemos que Cristo, querido Cristo de Urda, camina a nuestro lado, que conoces nuestras lágrimas y que su amor es más fuerte que la muerte. Porque ni el dolor, ni la muerte, ni ninguna oscuridad tendrán la última palabra. Cristo ha resucitado y su amor nunca nos abandona.